José Manuel Cruz

Clausura

(Poemas)

Clausura

de

José Manuel Cruz

CLAUSURA

Copyright © 2020 José Manuel Cruz

Primera Edición, Septiembre 2020

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Este poemario nace de unos momentos personales y sociales muy complicados, en los que el mundo parece haberse dado la vuelta y en los que no sabemos qué nos puede aguardar más allá del horizonte. Los versos que van a leer son el intento de purgar todo el dolor que hemos tenido que sufrir en estos días tan amargos y un intento por hallar luz en medio de la oscuridad más espesa. Al final, la luz que se puede encontrar es débil y tímida pero se la puede intuir a lo lejos, como un apagado resplandor que solo irá adquiriendo fuerza cuando nos vayamos acercando a él.

Málaga, a 19 de julio de 2020

I

INCERTIDUMBRE

Los significados
se han evaporado
en el silencio.
Las palabras
han cambiado
su faz
y su sustancia.
Hay que reinterpretar
los sonidos
y las voces.
Los trasfondos
han mutado
y las profundidades
han transformado
su perfil.
Nada sabemos
porque las formas
han revelado
su fragilidad.
El suelo
tendrá que demostrar
su condición.
Y aún tendremos que comprobar
si el firmamento
es algo más
que un inmenso agujero
sin destino ni moraleja.

VACÍO

He mirado
a través de la ventana.
La calle está desierta.
El cristal
se va empañando
por la lluvia,
tímida y obsesiva.
Y no parece haber nada
más allá del silencio,
no parece latir vida
más allá de las presencias intuidas
tras las paredes y las ventanas.
Hoy,
como ayer,
las palabras se quedan mudas
en este aire inmóvil
en el que sobrevuelan
las huellas del espanto
y las garras del pánico.
Hoy,
como ayer,
está ausente el mañana,
que ya solo es
una pregunta sin respuesta
tras las brumas
de un tiempo paralizado,
que no deja de recordarnos
que la extinción y la tiniebla
siempre amenazan
en los huecos más recónditos
y en los rincones más olvidados.
Miro
a través de la ventana.

Y persiste la lluvia
sobre el vacío de las aceras.
Los pasos clausurados
resuenan en mi mente
como ecos de lo imposible
y los fantasmas
comienzan a invadir
los paisajes
como entidades omnipotentes
que quisieran
recuperar su reino.
Es un día gris,
del gris de las estaciones interminables
y la luz permanece oculta
tras los monstruos del firmamento.
Quiero soñar.
Pero los sueños no llegan,
porque han sido tomados como rehenes
en las prisiones del estupor.
Y solo nos queda
el sonido del reloj
como testimonio de la existencia.
Miraré
a través de la ventana.
Y continuará lloviendo.
Y los charcos reflejarán,
con frialdad forense,
la agonía asfixiante
de los instantes devastados.

ELEGÍA

Al cruzar la laguna,
nunca había habido
mayor soledad ni desamparo.
Caronte
fue el único testigo
de un tránsito
mudo y estupefacto,
un tránsito
señalado
por el abandono y el desconcierto,
un tránsito
en el que nada fue
como siempre había sido,
un tránsito
que quebró
normas y protocolos,
un tránsito
que nos sumió a todos
en la constatación
de que no hay paños
que sequen nuestras lágrimas,
de que no hay vendas
que alivien nuestros dolores,
de que no hay velos
que cubran nuestras heridas.
Solo está
el muro de penumbra
tras nuestros últimos pasos,
el vacío y la ausencia
tras las palabras no pronunciadas.
Las promesas del pasado
solo fueron contratos sin firmar
para los que nunca existió

la voluntad
de forzar su cumplimiento,
solo fueron discursos huecos
proclamados
ante auditorios anestesiados,
solo fueron manifiestos inanes
escritos
con tinta simpática
en una noche de borrachera.
Las promesas fueron incumplidas,
rotas por la desidia
y la ignorancia,
y las aguas frías y negras
solo pudieron ser
el reflejo del espanto
y la desolación,
el retrato sombrío
de los laberintos en tinieblas
y de los horizontes desintegrados.
Mientras
la barca avanzaba,
no escuchaste
las voces de tus allegados,
solo sentiste,
quizás,
el contacto de manos ajenas,
y hasta Caronte,
absorto en la confusión,
tras esbozar
unas frágiles frases de ánimo,
empezó a pensar
que en su trabajo
tenía que soportar
demasiados sinsabores
para la pobre moneda

que solo recibía
de sus atribulados
y desconsolados viajeros.

CANCIÓN INDIE

En el silencio,
en la soledad,
en la quietud
de una noche insomne,
en la desembocadura
de un río inmóvil,
empiezan a resonar
los ecos
de una canción olvidada,
de unas notas
y unas palabras
escuchadas
en otra noche,
en una noche
en la que hervían
los recuerdos del futuro
y en la que brillaban
luciérnagas
que no dejaban de proclamar
que las fronteras
estaban abiertas
y los senderos
estaban libres
de riesgos y amenazas.
En una noche de invierno,
que avanzaba
a ritmo de procesión mortuoria,
acudieron a mi memoria
los perfiles ya borrosos
de una noche de verano,
una noche
en la que una canción,
ahora difuminada,

se hizo presente
como una chispa fulgurante
que cruzara la tiniebla.
E intenté rescatar
la música enterrada
y la letra desenfocada,
me esforcé
en reconstruir
el magma de otra noche
que hizo vibrar
las partículas invisibles
de un aire caliente y oscurecido,
que iluminó
una penumbra callada
que aguardaba ansiosa
los mordiscos del horizonte.
Y, poco a poco,
resucitó en mi mente
las imágenes cantadas
de un otoño melancólico,
de un otoño que rememoraba
una playa de verano
en la que las olas nos traían
mensajes de fuego,
en la que la arena,
a veces ardiente
como la puñalada
de una promesa insatisfecha,
a veces húmeda
como el ansia
de una realidad plenamente alcanzable,
era el crisol
de danzas inolvidables
o de heridas
que nunca cicatrizarían.

Y, poco a poco,
resucitaron en mi mente
las imágenes cantadas
que dibujaban en el vacío
los contornos de la delicia
y de la desazón,
los esbozos de la cumbre
y del abismo,
las intuiciones del éxtasis
y de la desolación.
Y, poco a poco,
resucitó en mi mente
una canción suave y susurrante,
interpretada a media voz
y con cierta timidez de acero,
una canción de terciopelo invencible
que era la profecía
de tristezas por conjurar.
Se acumularon
estaciones pasadas
y meses vencidos,
me adentré
en un túnel
que me hacía retroceder
hasta el momento decisivo,
hasta el momento
en el que estaba ausente el miedo
y en el que los presagios negros
aún no existían,
hasta el momento
en el que era inimaginable
una noche insomne,
a ritmo de procesión mortuoria,
en la que nuestros únicos compañeros
iban a ser

los espectros
del horror y del espanto.

VERTEDERO

Me sumergí
en la charca estancada,
en la masa pantanosa
donde flotan, desconcentrados,
los restos de todos los naufragios.
Allí estaban
los brazos y las piernas
arrancados
de muñecas rotas
que cabalgaron eufóricas
sobre caballos incendiados;
trozos de mármol
robados
de estatuas ciegas
derribadas de pedestales carcomidos;
lágrimas de niños
que transitaron,
expectantes e ilusionados,
las sendas de los lobos
y las hienas;
almas desvencijadas
convertidas en chatarra
para dar de de comer a los peces.
Buceé
por un lodo líquido
que se pegaba a mi piel
como una costra indestructible.
Pensé
en las películas
de Robert Bresson,
en las que,
en el último instante,
la gracia

te alumbra
como un soplo de viento
que rozase tu frente
entre dos esquinas de las calles.
Pero
también
recordé
La oscuridad visible
de William Golding,
una novela
en la que la esperanza
era un callejón sin salida.
en una urbe sin corazón.
Y pensé
que mi exploración
en esa ciénaga inmunda
era una penitencia,
un rito de expiación
de pecados sin nombre
que nunca habíamos cometido
pero que estaban
dentro de nosotros
como una herencia
sin testamento.
Me sumergí
y, tras horas de zozobra,
volví a salir a la luz,
medio devorado
por la asfixia,
tomando,
con ansia y desesperación,
una bocanada de aire
que me devolvió la vida
e hizo cristalizar
todas mis pesadillas

en un recuerdo único,
una mole gigantesca
e infernal
que caerá sobre mis espaldas
y con la que tendré que cargar
el resto de mis días
hasta que llegue
un perdón
que aguarda dormido
en las entrañas
de una bestia sin compasión.

SEFARAD

Ermitaño
en una tierra de iluminados.
Sordo
a ritos esotéricos
que envenenan
el aire y las almas.
Dogmas en combate
que ensangrientan
los páramos desolados.
Los hechiceros,
los curanderos
y los chamanes
lideran
capillas, sectas, grupúsculos
indiferentes
a otras voces y otras miradas,
fortalezas ridículas
satisfechas
en su propia obsesión
y en su perpetuidad sin desenlace.
Neurosis
recicladas
en discursos pétreos,
palabras de acero
que no son más
que disfraces
que ocultan
inseguridades
inoculadas
en infancias trituradas,
infancias
que son terreno abierto
al sermón y al púlpito.

Predicadores en delirio
nos persiguen
como mercaderes
de la ceguera.
Solo,
en esta montaña desconocida,
rodeado por rocas peladas
y un viento puro
y espantosamente lúcido,
nada espero ya,
únicamente
el momento gris
en el que, mirando al horizonte,
contemple
el cadáver reseco
de una res exhausta y derrotada
ofrecida en sacrificio
en el vetusto altar
de un tiempo sin redención.

EL CABALLO DE TURÍN

De repente,
un día cualquiera,
quizás el Universo,
quizás el mundo,
quizás una voluntad indescifrable,
quizás una divinidad indiferente,
habrá decidido
que su creación
ha sido un error incorregible.
Y, entonces,
con frialdad,
con rigor metódico,
mecánicamente y sin escrúpulos,
la irá suprimiendo
poco a poco
y sin piedad,
como si una goma de borrar
hiciera desaparecer
unos trazos de lápiz
torpes e imprecisos.
Todo se irá difuminando
e iremos siendo testigos
mudos e indefensos
de cómo lo que nos rodea
se va sumergiendo en la oscuridad
hasta que no quepa distinguir
entre objetos y seres vivientes,
entre triunfadores y derrotados,
entre gozo y dolor,
entre pasado, presente y futuro,
entre aquello que demostraba
el orden y el sentido
de la realidad

y aquello que confirmaba
que esa misma realidad solo era un caos
para la que no existía,
ni iba a existir,
ni justificación
ni moraleja
ni explicación redentora.

PRISIÓN

Cuatro paredes
y un ventanuco con barrotes
dibujan
el reducido habitáculo
que es mi mundo.
Pero
mi mundo
no es mi mundo.
Al principio,
así lo pensé,
así lo creí,
así lo asumí,
como si fuera
una mancha en la piel
o la curvatura de la Tierra.
Hasta que un día
descubrí
que mi mundo
era el mundo de otros,
un mundo construido
con cimientos
de horizontes vacíos
y sillares de silencio,
un mundo diseñado
a medida de la quietud
y el olvido,
un mundo condenado
a la oscuridad
y el pánico,
un mundo ajeno
a los anhelos de cielo
y el ansia de océano,
un mundo que solo existía

en mentes en delirio
y voluntades de lodo.
Comprendí
que vivía
en un mundo extraño,
en un espacio minúsculo
en el que debía
borrar mi mirada
y apagar mis pasos.
Y, entonces,
cada noche,
en la penumbra de la celda,
pergeñaba
un precario plan de huida,
destinado a fracasar
en los anales del presidio
pero
que siempre triunfaba
en la memoria del tiempo
y los mapas del porvenir.

II

MEMORIA

He escuchado
crujir
las cuadernas del Universo.
Y he permanecido
callado.
Absorto.
Indiferente.
Sé
que antes de que
las galaxias se evaporen,
un viento seco,
inundado de polvo y ceniza,
arrasará
nuestro mundo
y solo nos quedará
la esperanza
de los últimos recuerdos,
briznas frágiles
en medio de la devastación,
chispas brillantes
que iluminarán
nuestra angustia
y nuestro desconcierto.
Solo nos quedarán
los ecos
de los momentos de plenitud,
breves y escurridizos,
momentos
en los que alcanzamos la cumbre,
y de los que solo permanecerán,
sin afán de paradoja,
retazos de vacío y nostalgia
y el poder de las imágenes deslumbrantes

de vivencias que fueron otras
pero que dejaron
en nuestras almas
el poso engañoso
de la inmortalidad y la gloria.
Cuando llegue el viento devastador,
nos aferraremos
a esos recuerdos,
como los náufragos
fían su destino
a los escombros de las embarcaciones hundidas,
y esos recuerdos
nos redimirán
del dolor y del miedo.
Recordaremos
el crepúsculo en una playa,
una tarde de risas
y conversaciones intrascendentes,
el calor de unas sábanas
que envolvieron
a dos cuerpos encendidos,
unas palabras escritas
que iluminaron nuestro destino
y acompañaron nuestros pensamientos
con anhelo de perpetuidad,
los fotogramas de una película
que capturaron todas nuestras obsesiones,
la visita a un museo
que hizo detener la eternidad y el tiempo,
las carreras sin límite de unos niños
que acababan de descubrir el frenesí,
la primera sonrisa de un bebé
que ignoraba
que su futuro estaba por descifrar…
Todos esos recuerdos,

reflejos borrosos y desvaídos
de instantes
que pasaron inadvertidos
a unos dioses indiferentes,
serán los últimos habitantes
que palpiten con vida
antes de que el firmamento se resquebraje
y todo tenga que volver a empezar
desde una oscuridad insobornable,
que sabrá,
sin saber cómo lo sabe,
que tiene que permitir
la resurrección
para hacer posible
unas pocas
pero inmarchitables
apoteosis,
que serán los únicos sentido y justificación
de un ciclo interminable,
invadido ya por la fatiga,
pero que anhela recuperar
la sencillez abrumadora
de los éxtasis insignificantes.

IRREALIDAD

Las máscaras de plástico
te saludan
al amanecer.
Ángeles de plexiglás
surcan el horizonte
haciendo sonar
clarines y fanfarrias,
anunciando
la apoteosis del colapso
y el clímax de la anestesia.
Ejércitos de androides
nos advierten
de las amenazas de las calles
y de los peligros de los recovecos.
Mientras tanto,
si nos tocan,
nuestra piel se disuelve
como si un chorro de ácido
hubiera sido expulsado
por una criatura del averno.
Nos mantenemos alejados
de la carne ajena
y de las caricias propias
y los megáfonos
no dejan de resonar
recordando
el abismo y la asfixia.
Nuestros cuerpos
ya no son los nuestros,
dudamos
de nuestras almas,
y hasta las paredes
son ya retazos de bruma

que atravesamos
invadidos por el delirio
y la fiebre.
De noche,
legiones desaforadas
de entes anónimos
merodean por las esquinas
explorando
la furia y el espanto,
adentrándose
en una ciudad oculta
que crepita
en el fuego del ansia
y la ira.
Les acompañas
con el miedo
al castigo y a la revancha,
con el asombro
de la duda y el hambre,
y comprobarás
que, al fondo de la alcantarilla,
en las mismas puertas del infierno,
existe una gema ignorada,
que brilla
en medio de la oscuridad,
y que, si la frotamos tres veces,
nos transportará
a una lejanía inalcanzable
en la que la tierras
son una piel que se conmueve
y los ríos,
una pila bautismal
en la que se redimen
el pavor y las tinieblas.

INFANCIA/MADUREZ

Hace muchos años,
en otra época,
de la que solo perviven
recuerdos borrosos y fragmentados,
aún acuden a tu mente,
a veces en pesadillas nocturnas,
aquellos momentos
en los que, con tus todavía torpes pasos,
tropezabas,
caías al suelo,
contemplabas con estupor
que tus rodillas
y las palmas de tus manos
estaban heridas,
magulladas,
y que, de ellas, brotaba
ese líquido rojo,
hasta entonces desconocido,
que así averiguabas
que se llamaba sangre.
Pero,
fuertes,
poderosas,
para ti invencibles,
unas manos
te levantaban,
te aliviaban,
te consolaban,
te curaban.
Años después,
has caído en la cuenta
de que ya eres una persona adulta
y has descubierto

que la madurez
consiste
en saber levantarse
de las caídas
sin ningún tipo de ayuda
y en la más completa soledad.

PARADOJA PUNK

Si no hay futuro,
¿para qué
vamos a ser revolucionarios?
¿Para qué
vamos a lanzar
alaridos
en las calles despavoridas?
¿Para qué
vamos a vestirnos
como heraldos enfurecidos
de la rabia y la ira?
¿Para qué
vamos a dejarnos
los dientes
en el asfalto
de las calles insumisas?
¿Para qué
vamos a sufrir
los gestos despectivos
de la indiferencia
y el odio?
Si no hay futuro,
¿para qué
vamos a grabar
discos infinitos
que nos recuerden
los bombardeos sobre Londres
y los fusilamientos
de nuestra guerra civil?
Quizás,
porque sabemos
que no hay futuro,
pero ansiamos

que exista uno,
ansiamos
que, en el camino de ida,
no nos encontremos
ni con rutas extraviadas
ni con puentes resquebrajados
y que el camino de vuelta
se borre
de nuestra memoria
y se evapore
de los mapas amarillentos.
Quizás,
porque sabemos
que no hay futuro
pero guardamos
un anhelo indescifrable
en los sueños
que afloran
en la madrugada
y que nuestros pasos
se rigen
por un código secreto
cuyas claves
hemos intuido
en amaneceres febriles.

* * *

Mañana por la tarde,
cuando las sombras
empiecen a aletear
en las ciudades,
cabalgaremos
sobre caballos invisibles,
cual tribu nómada

que haya renunciado
a cualquier hogar,
para discernir
en el crepúsculo ensangrentado
señales
de un nuevo mundo.
Anochecerá
y solo tendremos
ante nosotros
la oscuridad interminable,
para intentar descubrir en ella,
como milagro imprevisible,
la puerta
a un universo recóndito,
que jamás ha existido
y que solo puede florecer
entre las brumas
de una mirada devastada
que haya renunciado
a cualquier afán
y a cualquier promesa.

LA PUERTA DEL CIELO

Recuerdo
ese otoño,
borroso pero imborrable,
en el que la vida
pareció perdonarme
y en el que yo
creí reconciliarme
con el mundo
y sus recovecos.
Un camino eterno
se repetía diariamente
para traerme
agua, pan y ropa.
En lo alto de la montaña,
las nubes
empezaron a despejarse
para regalar
un paisaje inconmensurable
de majestad y calma.
Y mi piel
quedó conmovida
por el contacto de otra piel,
aparentemente lejana,
pero con la que tracé
un dibujo perfecto
en el que encajaron
todos nuestros perfiles
y todas nuestras aristas.
Recuerdo
ese otoño,
leal e incandescente,
en el que las horas
fluían como río de mayo

y en el que los pasos
eran señales del firmamento
para atravesar el océano.
Recuerdo
ese otoño,
interrogante y estremecido,
en el que sus muslos
coronaron mis mejillas
y su espalda
fue tobogán sin itinerario
hacia el frenesí y la delicia.
Recuerdo
ese otoño,
macizo e inusitado,
que fue isla en las tinieblas
y que dejó paso
al más frío invierno
y a la más atroz sucesión
de nevadas y tormentas.
Pero,
sin embargo,
a pesar de todo
y por encima de cualquier congoja,
siempre recordaré,
marcado a fuego
en los surcos de mi memoria
e impregnando como perfume
los pliegues de mi cuerpo,
ese inabarcable otoño
que no terminará nunca.

VIDA EN SOMBRAS

Hay que olvidar
para poder recordar,
sin acidez ni angustia.
Hay que olvidar,
dejar pasar
los malos recuerdos
por el cedazo del perdón,
para mirar el futuro
con limpieza en los ojos
y serenidad en el alma.
Tendrán que ser eclipsados
los momentos
en los que el aire fue de plomo,
en los que el agua fue de plástico
y en los que la piel fue una trinchera
en la que combatían los relojes.
Tendrán que pasar a la oscuridad
los momentos
en los que te sentiste
como James Joyce en Dublín
o Franz Kafka en Praga,
como un extranjero
en una tierra inhóspita
en la que solo floreciesen los espantos.
Y, entonces,
percibirás una línea antes invisible,
un destino oculto
entre la maleza de la desolación,
una vocación callada
como hilo de Ariadna
que aniquilara en silencio
al Asterión de los fantasmas y los demonios,
como espada de Ulises

que derramara la sangre
del Cíclope de los miedos y las banalidades.
Y esa línea, ahora palpitante,
te guiará,
con plena seguridad
y completa ausencia de certezas,
hacia una vida en sombras
en la que solo brillará
el fuego de la pureza.

VÍA DOLOROSA

En el camino
de las catorce estaciones
del dolor y la zozobra,
arrojado a la nada,
flor de martirio y tortura,
con la espalda flagelada,
manos, pies y rodillas
inundadas de sangre estupefacta,
frente atravesada
por los aguijones de la infamia,
sendero de fatiga y asfixia,
con las tinieblas
cayendo, cual lápida infinita,
sobre unos párpados exhaustos,
solo hay silencio
ante las preguntas sin límite
que asaltan, despavoridas,
un cerebro aterrorizado,
solo hay indiferencia
antes las quejas, sin consuelo,
que brotan, amargas,
de un cuerpo agonizante.
Tras tres caídas
y la angustia
de los pasos sin salida,
nada queda que esperar,
solo es posible
el velo de la noche
y la túnica del invierno eterno.
Sin embargo,
en el último instante,
una rendija en el firmamento
trae noticias

de ángeles heridos
que anuncian
que, detrás del horizonte,
hay otro horizonte
y que, al otro lado del mar,
hay otros mares,
en los que la pureza
aún no está prohibida.

PENITENCIA

Repetir
una y otra vez,
incesantemente,
el rito
que nos salvará
de la fatalidad.
Trasladar
montículos de tierra
desde la colina soleada
al pie de los pedestales,
acumular
la hojarasca de los parques
en el umbral de las puertas,
sacar
la chatarra
de los vertederos
y llevarla
a las cunetas de las carreteras,
rastrear
huellas de animales extinguidos
y clavar sus fotografías
en las paredes
de museos inexistentes,
montar
en bicicletas infinitas
para subir
del valle a la montaña,
caminar
contra el viento
para avanzar
en el sendero
del pueblo a la laguna…

Repetir
una y otra vez,
incesantemente,
el rito
que nos salvará
de la fatalidad.
Trasladar
montículos de arena
desde el pie de los pedestales
a la colina soleada,
devolver la hojarasca
desde el umbral de las puertas
a los parques sombríos,
sacar
la chatarra
de las cunetas de la carreteras
y llevarlas
a los vertederos,
desclavar
las fotografías
de huellas de animales extinguidos
de las paredes
de museos inexistentes
y desparramarlas
en el rastro extraviado
de los tiempos sin memoria,
regresar
a las bicicletas infinitas
para bajar
de la montaña al valle,
caminar
a favor del viento
para retroceder
en el sendero
de la laguna al pueblo…

Repetir
una y otra vez,
incesantemente,
el rito que nos salvará de la fatalidad.
Trasladar
montículos de arena
desde el pie de los pedestales
a la colina soleada…

Y, de repente,
en medio del rito perpetuo,
una grieta minúscula
se abre
en el muro infranqueable,
una grieta
que se agranda
al compás de los latidos de mi pecho,
al compás
de unos latidos
cada vez más intensos
que brotan
del estupor
ante lo inimaginable,
de la sorpresa
ante lo imprevisible,
de la parálisis
ante lo inconcebible,
de la inquietud
ante ese espacio abierto
al otro lado
que ha surgido
de la repetición obsesiva
y disciplinada,
ante ese espacio cada vez más ancho
que quiere acogernos

con los brazos abiertos
para revelarnos
lo intuido y desconocido,
lo percibido y escurridizo,
lo que huye
y lo que se aferra
a nosotros
como fauces de felino.

Cruzamos
la fisura
en el muro,
con prevención y ansia,
y, cuando nuestros pies
se posan
en la tierra ignota,
tan solo nos inquietan
las preguntas
que seremos capaces
de responder.

III

MÁS ALLÁ DE LA NADA

Cosmos vacío.

Un estremecimiento:

ahí está el alma.

COMUNIÓN

Un millón de almas

heridas por un rayo:

unión eterna.

ARTE, ¿PARA QUÉ?

Grito de horror.

Otra vez el silencio.

Quedan los versos.

RENACER CONTINUO

Llega la noche.

Miedo a la oscuridad.

Volverá el sol.

(Autora de la fotografía: Pilar Martín Bravo)

José Manuel Cruz nació en Sevilla en 1970 y vive en Málaga desde el año 2002. Licenciado en Ciencias Económicas por la Universidad Hispalense, es autor del ensayo *La economía estresada* (2017), en el cual profundiza en las causas que llevaron a la crisis económica iniciada en 2007 y analiza sus implicaciones y sus posibles salidas. No obstante, ha sido su pasión por la literatura y el cine la que ha acabado decidiendo su trayectoria profesional. Como escritor, José Manuel Cruz ha publicado cinco novelas. Las cuatro primeras conforman el "Cuarteto de la desolación" y son obras inscritas en el género negro cuyas tramas se desarrollan en el contexto de la crisis económica que estalló en 2007 y en las que la especulación inmobiliaria, la excesiva influencia del poder financiero, la corrupción política, los paraísos fiscales y el empeoramiento de las condiciones sociales ocupan un lugar central: *Sin tregua se consumían nuestros ojos* (2013), *El día en que paró la música* (2014), *El Enclave I. El temor del mensajero* (2016) y *El Enclave II. Casandra encadenada* (2017). En 2018, publica la novela *Fuera de juego*, coescrita junto a Rafael Nadales. En 2020, sale a la luz su primer libro de poemas, *Tierras sin nombre* (Editorial Carena). Como crítico de cine, José Manuel Cruz creó en 2011 el blog *El espectador impertinente.* Con posterioridad, ha colaborado en las revistas

digitales *Moon Magazine*, *Acalanda Magazine* y *Cine Contexto*. En 2017, escribió el estudio introductorio al volumen *Obra póstuma* del guionista y escritor Carlos Pérez Merinero. Desde 2018 es director de la revista digital *Cine Arte Magazine* (www.cineartemagazine.com).

Página web del autor: www.josemanuelcruz.es